

Entrevista con Federico Campbell

Somos nuestra memoria

Ignacio Solares

Entre muchas otras obras excelentes como Pretextos, Todo lo de las focas, Tijuaneños, La clave Morse, Máscara negra, La invención del poder y Post scriptum triste, Federico Campbell (1941-2014) escribió un espléndido libro de ensayos (o mejor dicho, un “cuaderno de escritura”, como a él le gustaba llamarlo) titulado Padre y memoria, en el que explora la relación paterna con el recuerdo, la imaginación y la literatura. Para hablar sobre este libro, lo invitamos al programa de la Revista de la Universidad de México en TVUNAM en noviembre de 2011. Reproducimos lo sustancial del diálogo con Federico, para recordarlo como el periodista, escritor y gran amigo cuya inteligencia y amistad extrañaremos siempre.

Las cosas —como dijo Valle-Inclán— no son como las vivimos sino como las recordamos, y Padre y memoria está en esta línea. En un párrafo del libro, que es de verdadera antología, escribes: “A lo largo de una vida, uno emprende, como Juan Preciado que se dirige a Comala para encontrar a Pedro Páramo, la búsqueda del padre, pero más o menos a la mitad del camino de la vida uno recrea, reconstruye al padre que le faltó, tal vez la escritura no sea sino un esfuerzo por resarcir la figura del padre perdido”. Cuéntanos un poco de cómo surge el libro.

A mí lo que empezó a llamarme la atención con mucha simpatía intelectual es esta coincidencia que de pronto se da entre la neurobiología y la literatura, porque una vez me encontré un libro de un neurofisiólogo que

se llama Israel Rosenfield que se titula *La invención de la memoria* y, cuando vi la portada, yo pensé que era un libro de poemas o de cuentos, me pareció un texto literario. Al examinarlo, gracias a Bruno Estañol, que es neurólogo y novelista al mismo tiempo, este libro tiene la honestidad científica intelectual de darle crédito a escritores, a literatos, y dice por lo menos en dos o tres lugares que quien realmente adivinó cuál es el funcionamiento de la memoria, que ahora ratifica la neurobiología, fue Marcel Proust. También cita a Thomas Hobbes que dice que la memoria no es más que otra palabra que usamos para hablar de la imaginación, o sea, la imaginación es lo mismo que la memoria. También le da crédito a Samuel Beckett. Este libro es el punto de vista de alguien

de laboratorio, un investigador en neurofisiología que dice que la memoria no reproduce como un disco o como una cinta magnetofónica, sino que la memoria inventa y que reorganiza el mundo en categorías, y que cada vez que actúa revela algo diferente, al menos en matices, y yo siento que en ese secreto está la creación literaria, la invención de la literatura.

También he reconocido este encuentro entre la ciencia y el arte, entre la literatura y la neurobiología, en dos mexicanos, amigos míos, que me merecen el mayor respeto, que son por un lado Ranulfo Romo Trujillo, que es investigador en la UNAM en el Instituto de Fisiología Molecular, que habla de sus investigaciones y de pronto parece que está hablando Marcel Proust cuando habla de que siempre que hablamos unos con otros ya estamos en el pasado, porque a la mente le toma milésimas de segundo, pero finalmente un tiempo, para procesar lo que tú me acabas de decir y responderte en consecuencia. Entonces, me atraen mucho los trabajos y las conversaciones de Ranulfo Romo y también las de un neurólogo fisiólogo y al mismo tiempo novelista que es Bruno Estañol, quien en gran parte me ha introducido en estos temas. El otro día me regaló un libro de neurobiología de Eric Kandel, Premio Nobel de Medicina por sus estudios sobre las neuronas. Estoy suscrito en una revista que se llama *Mind*, “Mente”, y me interesan estos temas, como el efecto de la música en el cerebro. No es ninguna novedad. Resulta que en la más ancestral época, Hipócrates dijo que en el cerebro están nuestras emociones, nuestros momentos de ánimo, de

desánimo, nuestra alegría, nuestra tristeza, que todo está en el cerebro, y entonces sigo un poco este tipo de pensamiento científico que se hermana con lo que Javier Marías llama el pensamiento literario.

Padre y memoria *está muy en la línea de otros libros tuyos como Post scriptum triste, donde exploras algo que no necesariamente se puede catalogar como ensayo. ¿Es algo pensado, intencional?*

Creo que este volumen se inscribe en un tipo de libro —no es un diario literario, no es un libro de ensayos— que cada escritor tiene acerca de escribir, lo que en inglés se dice *on writing*. Margaret Atwood, la canadiense, tiene un libro así, creo que es un libro que está en la línea de *La tumba sin sosiego* de Cyril Connolly. Entonces cada escritor tiene su libro en el que habla acerca del oficio de escritor, y en ese sentido, pues se aleja de lo que comúnmente es un diario literario o un libro de ensayos. Una de las ideas que a mí me interesa subrayar es la del inconsciente narrativo, porque pienso que en el fondo de todo ser humano, desde que es un bebé, hay la necesidad de que le cuenten a uno una historia. Todos los seres humanos vivimos pendientes o necesitados de que nos cuenten un chisme, una novela, una película, una noticia del periódico, o sea siempre tenemos hambre de historias; entonces pienso que uno de los recursos más eficaces en el discurso de plaza pública, política, que ha utilizado Barack Obama, es el recurso de introducir en el discurso una historia. Cuando él tiene su discurso de aceptación del triunfo el 4 de noviembre del



© Javier Narváez

2008, de inmediato empieza a hablar de una cierta señora de Atlanta que se llama tal y tal, que tiene 106 años de edad, que votó por primera vez esa mañana. O sea, luego luego mete una historia, un personaje y empieza a desarrollarlo como un novelista desarrolla una novela. No sé si es un viejo recurso retórico, tengo la impresión de que no, no necesariamente así era en la retórica de Cicerón, y creo que cuando a uno le sirve una idea en forma de narración, uno la aprende mejor, la entiende mejor y la memoriza mejor. No por nada la *Biblia* está escrita en pequeñas historias, en parábolas que contienen una enseñanza moral, un simbolismo, pero siempre es un cuento, es una historia y en ese sentido deduzco que en todos los seres humanos hay una especie de inconsciente narrativo.

La idea del inconsciente narrativo es muy interesante y la desarrollas muy bien en el libro. ¿Cómo fue que llegaste a ella?

Por un lado, Jung habla del inconsciente colectivo impersonal, luego Chomsky dice que nacemos con una especie de predisposición neurobiológica para aprender un idioma. Si el bebé nace en China aprende chino, si nace en Sonora aprende español, pero la predisposición neurofisiológica ya está como producto de una evo-

lución del cerebro. El otro que contribuye a esta idea del inconsciente narrativo es Jacques Lacan porque él afirma en todas sus lecciones, en toda su práctica, que el inconsciente está estructurado como un lenguaje. Luego hay otro lingüista, Mark Turner, que tiene un libro titulado *La mente narrativa* y él sostiene que siempre que hablamos estamos contando una historia, en este momento, pues, yo les estoy contando que existe un libro de un neurólogo de La Joya, California, de la Universidad de San Diego, que sostiene que siempre que hablamos estamos contando una historia. Y al final, viene Oliver Sacks, quien reúne las dos ideas de la neurobiología y de la biología, tanto como esta reunión está en la obra y en la vida de Bruno Estañol, que es lo que a mí más me fascina, o sea, el encuentro entre la ciencia y el arte, entre la literatura y la neurobiología. Sacks dice que necesitamos contarnos para ser, que todos llevamos una narración adentro y que esa narración constituye nuestra identidad personal, somos esa narración. Necesitamos contarnos para ser.

En ese sentido, tampoco hay que olvidar, porque es la idea predominante a lo largo del libro, de que la memoria es nuestra identidad personal. Si a uno le quitan la memoria, uno deja de ser. Es lo que sucede con el en-





© Javier Navariz

fermo de Alzheimer. Todas las enfermedades son humillantes, todas las enfermedades son tristes y crueles, pero el Alzheimer tiene como particularidad de que primero se muere la persona y luego se muere el cuerpo. El amigo o el hermano que siempre has tenido enfrente ya no está ahí, dejó de estar, ya no sabe quién eres tú, no sabe quién es su esposa, quiénes son sus hijos, ya no está, ya murió. ¿Qué murió? Murió la persona. ¿Y qué es la persona? La persona es la memoria. Al morir la memoria, al morir la identidad personal solo queda el cuerpo y no queda por mucho tiempo, en cosa de meses también se va, como se fue antes la persona. Entonces esas son las ideas más o menos que están aquí y allá a lo largo del libro.

¿Cuánto tiempo te llevó la investigación para hacer el libro?

Creo que unos quince años, porque son textos que he escrito a lo largo del tiempo. Tiendo a ser muy disperso, tengo muchos problemas para concentrarme, tengo muchos problemas para trabajar más de dos o tres horas seguidas o más de una hora seguida, pero me acepto, así es mi modo de ser mental; soy disperso, leo cinco o seis libros al mismo tiempo, el periódico lo leo de atrás para delante y por encima, y esta nota sí y esta no, pero con los años he aprendido a no sufrir por esto sino a aceptarlo, ese es mi modo de ser mental, entonces lo único que me obliga a escribir es el compromiso con un periódico o una revista. En eso no fallo nunca porque tengo el oficio de periodista desde muy joven, o sea, si a las ocho de la noche del miércoles tengo que enviar un ar-

tículo, lo envío y nunca he dejado en mi vida de enviarlo, entonces las cosas que voy escribiendo en la prensa son las que van conformando este tipo de libros que yo hago, que no es lo que despectivamente se dice un libro de artículos, no, es un libro en el que hay un concepto editorial, hay una idea, y en este caso es la idea del padre y es la idea de la memoria.

¿Por qué este énfasis tan marcado en la idea del padre?

Específicamente, lo del padre viene en el caso del cuentista norteamericano Raymond Carver, donde está muy claramente cómo hace un poema a partir de un día que fue de cacería con su papá. Ya sabemos que el tema del padre es la delicia de los psicoanalistas, de los psicólogos y de los psicoanalistas lacanianos, especialmente. En este libro no me puedo permitir hacer teorías sobre la búsqueda del padre, sobre la identidad masculina. ¿Por qué? Porque no es mi campo, porque yo no soy psicoanalista, yo lo único que digo es que ahí está y lo que más me ha fascinado de esta relación entre el autor y el padre es la vida de algunos escritores, por ejemplo, el papá de Kafka, también el padre de Juan Rulfo. Creo que la muerte del padre de Juan Rulfo cuando Juan tenía seis años es algo que lo marcó de por vida. Creo que Juan dejó de escribir cuando contó la muerte de su padre, una vez que habló de la muerte de su padre respecto a la cual nunca se resignó, dejó de escribir y ya no volvió a publicar y siento que la muerte del padre de Juan Rulfo está en todas las páginas de *Pedro Páramo* y de *El Llano en llamas*. **U**